

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso VI, el Bravo (continuación).—La Vida (poesía).—La Madre, por D. Adolfo Llanos y Alcaráz.—Elisa (balada).—Leyendas árabes: ¡Pobre Agar! (continuación).—A. L. A. (soneto).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Esplicación del figurin.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VI, EL BRAVO.

(Continuación) (1).

Pero D. Alfonso rechazó semejante proposición, y marchando en busca de su generoso amigo, le enteró con sin igual franqueza del mensaje que recibiera.

Alegrose Almamú de aquella prueba de noble confianza, y tendiendo al castellano sus brazos, le dijo:

(1) Véase el número anterior.

—¡Loado sea el Profeta, Alfonso! ¡Loado sea, porque ha hecho que mis beneficios no caigan en terreno estéril.

Cuanto me acabas de revelar lo sabía yo por boca de mis algazaes (corredores); pero no quería decírtelo porque esperaba ver tu porte en esta ocasión.

Mira; si faltando á la confianza que yo he depositado en ti, hubieras pretendido salir furtivamente de la ciudad, antes de dar el primer paso mi gente te hubiera hecho prisionero.

Pero tu modo de obrar me llena de satisfacción, porque me hace conocer que he prestado mi ayuda á un alma noble, grande y generosa.

Así, pues, mi querido huésped, disponte á marchar hoy mismo á Leon á ceñir tus sienes con la corona de tu padre, y cuenta con que mis tesoros y mis guerreros están á tus órdenes para semejante empresa.

Pero antes de que partas prométeme que no verás guerra á mi reino mientras yo le rija, y que á mi muerte protejas á mi sucesor Hissen, siendo para él un cariñoso hermano.

—¡Os lo juro, señor, como caballero! respondió con vehemencia D. Alfonso.



Aquella misma tarde, el cristiano monarca salia de Toledo con direccion á Zamora, donde le esperaba doña Urraca, siendo acompañado por el noble emir y por los principales señores de su corte, hasta el monte Velaton (hoy Nombela).

### III.

Tan pronto como los pueblos de Leon tuvieron noticia de la vuelta de D. Alfonso, se apresuraron á levantar por él sus pendones, jurándole de nuevo pleito-homenaje.

Galicia tambien le reconoció por su Rey, á pesar de la oposicion de D. García, quien, preso de nuevo, fue encerrado en el castillo de Luna, donde acabó su vida al cabo de diez y siete años de una sujecion rigurosa.

Mientras marchaban así los asuntos entre leoneses y gallegos, los nobles castellanos se congregaban en Búrgos, con objeto de nombrar un nuevo monarca.

La eleccion recayó en D. Alfonso, el cual seria proclamado Rey si juraba antes no haber tenido parte alguna en la alevosa muerte dada á D. Sancho.

Sabedor el leonés del acuerdo de los castellanos, y conformándose con la condicion impuesta, acudió á Búrgos el dia prefijado, y despues de prestar juramento en manos del Cid en la iglesia de Santa Gadea, fue reconocido como monarca de Castilla.

De este modo volvió la Providencia á reunir de nuevo en un solo Rey los Estados divididos por Fernando el I.

Y así como este no ocupó el trono con tranquilidad hasta que las lanzas de sus soldados arrancaron en Atapuerca la vida á su hermano D. García, así D. Alfonso no se asentó de una vez en aquel mismo solio sino cuando el acero de un traidor privó de la existencia á D. Sancho al pie de los muros de Zamora.

¡Sangriento y singular contraste!

### IV.

Dos años llevaba D. Alfonso rigiendo su poderoso reino, sosegadas ya las alteraciones que ocurrieron

á su proclamacion, cuando la fortuna le deparó el poder pagar la deuda de gratitud que con el noble Almamú tenia.

Muerto el Rey moro de Sevilla, afectado profundamente por la pérdida de su hija Taira, princesa de singular hermosura, su sucesor, Mohammed-Al-Motamid, enemigo irreconciliable de Almamú, se alió con varios señores poderosos, y reuniendo una lucida hueste, entró á sangre y fuego por las fronteras de Toledo.

Sabedor D. Alfonso de esta agresion, púsose á la cabeza de un numeroso cuerpo de combatientes, y dirigiéndose con una celeridad pasmosa á la corte de su noble amigo, sentó sus reales en un pueblecillo cercano llamado Olías.

Esta venida de tropas, tan inesperada como repentina, alarmó sobremanera los ánimos de los toledanos, que ignoraban si aquel ejército era aliado ó enemigo.

Pero bien pronto salieron de dudas, pues D. Alfonso, solo, sin permitir que nadie le acompañase, penetró en Toledo á visitar á Almamú y hacerle saber que el objeto de su llegada era á prestarle ayuda.

Gran placer experimentó el anciano monarca al mirar el noble comportamiento de D. Alfonso; y accediendo á la invitacion que este le hizo de pasar á comer á su tienda, ofreció visitar al siguiente dia el campo castellano.

En esta entrevista, asegura Pedro de Medina en su libro *De las cosas memorables de España*, ocurrió el interesante episodio que vamos á referir.

Dice que cuando Almamú penetró en la tienda de D. Alfonso, los arqueros de este, prevenidos de antemano, la cercaron de improviso, y entonces el monarca de Castilla obligó al moro á relevarle del juramento que le hizo pronunciar en Toledo, cuando se encontraba en su poder.

Cediendo el emir á la fuerza de las circunstancias, absolvió á D. Alfonso del compromiso pactado.

Entonces este, tomando la palabra, le dijo:

—Noble Almamú, cuando os juré respeto y amistad á vos y á vuestro hijo Hissem, me encontraba en Toledo y completamente á merced vuestra.

Por eso no faltarán personas que crean que si yo



acepté aquel compromiso, fue solo obligado por las circunstancias, y sin que entrasen para nada mi libre albedrío y mi gratitud inmensa hácia vos.

Así, pues, y para que nadie pueda dudar de la verdad de mis palabras y de la buena fe de mis acciones, ahora que me has absuelto de aquel juramento, ahora que te tengo en mi poder y que me encuentro rodeado de lo mas lucido de mis huestes, te reitero de nuevo, libre y espontáneamente, mi pasada promesa, ofreciéndote por mi fe de cristiano y de caballero, que mi gratitud para contigo será eterna.

Y así fue la verdad; de allí á pocos dias las taifas toledanas y los escuadrones cristianos corrieron unidos al combate, talando las tierras de Córdoba, apoderándose de esta ciudad y de la de Sevilla, y sembrando por doquiera la destruccion y la muerte.

Terminada la campaña, volviöse D. Alfonso á su tierra cargado de gloria y de ricos despojos, pues Almamú, agradecido en extremo á la ayuda que el monarca cristiano le prestara, le concedió la mayor parte del botin, contento en demasía con haberse apoderado de tan importantes plazas, humillando, hasta lo sumo, la altivez de su mortal enemigo.

Al siguiente año, que era el de 1076, el noble emir de Toledo descendió al sepulcro cargado de años y de laureles, y su hijo y heredero Hissem ocupó el trono con tan mala estrella, que vió, á pesar de la ayuda de D. Alfonso, ir cayendo de nuevo en poder de los enemigos de su familia el fruto de las conquistas de su padre.

Las ciudades de Sevilla, Córdoba y otras fueron arrancadas de manos del de Toledo, que se vió obligado bien pronto á acogerse dentro de los muros de su corte.

Fugaz en extremo fue el reinado de este príncipe, que, combatido por sus enemigos de fuera y estrechado por sus mismos súbditos, cayó del trono por una conspiracion, al frente de la cual se puso su ambicioso hermano Yahia-Alkadís, que consiguió por tan infame medio ceñirse la corona.

Pero si desgraciada fue para los toledanos la dominacion del malaventurado Hissem, no lo fue mas dichosa por cierto la del usurpador Yahia.

Criado entre eunucos y mujeres, mas dispuesto

siempre á cubrirse con el ligero traje de seda que con la férrea coraza del soldado.

Mas acostumbrado á aspirar el tibio y perfumado ambiente de los harems, á estasiarse en brazos de sus esclavas con los dulces acordes de la música, reclinado en cómodos divanes y costosas alkatifas, que á oír el crugido áspero de los arneses, el ronco son de la trompa de guerra, y á soportar las rudas fatigas de la vida del campamento, vió levantarse contra su dominio, no reconociendo su autoridad, á algunos de los gobernadores de sus ciudades.

Ademas de esto, su carácter despótico y cruel le enajenó de tal manera las simpatías de los toledanos, cansados ya de sufrir sus vejaciones, que escribieron á D. Alfonso ofreciéndose á entregarle la ciudad si venia sobre ella al frente de un ejército.

Esta proposicion tentadora, suscrita por los principales muzárabes y judíos de Toledo, llegó á poder del castellano al mismo tiempo que una embajada de Al-Motamid de Sevilla, el enemigo irreconciliable de los Ben-Dilmim, proponiéndole que rompiese con Yahia y aceptase su alianza, admitiendo por esposa á su hija la princesa Zaida.

D. Alfonso, libre ya del juramento hecho con Almamú, en el cual no fue incluido Yahia, accedió á la invitacion, y la alianza con el sevillano quedó concluida, recibiendo el de Castilla *quasi pro uxor* á la bella andaluza, á pesar de hallarse casado entonces en segundas nupcias con Constanza de Borgoña.

Despues, decidido á apoderarse de Toledo, levantó una numerosa hueste, compuesta, no tan solo de sus soldados, sino de auxiliares de Aragon, de gentes del de Sevilla, y de aventureros y nobles señores franceses, entre los que figuraban Enrique, conde de Besançon; Raimundo, conde de Tolosa, y otro Raimundo, conde de Borgoña; y rompiendo por las montañas que dividen las Castillas, cercó á Toledo en 1083, despues de haberse apoderado en diferentes campañas de las ciudades de Madrid, Talavera y Escalona.

Yahia, encenagado en los vicios, sumido en su voluptuoso letargo, salió de él al escuchar el agudo acento de los clarines cristianos que le anunciaban que los soldados de Cristo, acampados en los floridos cármenes de su estendida vega, vibraban altivos



el acero, dispuestos á hundir en el polvo la frente de su hermosa Medina Tolaitola.

El despótico monarca, en vez de amilanarse ante tan próximo peligro, dió pruebas de una energía hasta entonces oculta.

Repasó los muros, pidió socorro á los Reyes moros de Zaragoza y de Badajoz, y ordenando sus tareas, se dispuso á la defensa, decidido á sepultarse entre los escombros de su ciudad querida, primero que consentir que fijasen en ella su planta los enemigos del Profeta.

El degenerado hijo de Almamú sintió en aquel supremo momento palpar en su corazón algo de la antigua fiera de su raza.

Pero estaba escrito que Toledo doblaría armada la rodilla ante la enseña del Gólgota, y lo que está escrito se cumple.

El desventurado Yahia vió desvanecerse como un sueño la esperanza de ser socorrido por el de Zaragoza y Badajoz.

El Rey de aquella ciudad, Al-Moktadir-ben-Hud, moría al querer venir en su ayuda; y el ejército de Al-Motawakkil, último de los Afthasidas, mandado por su hijo Alfadal-ben-Omar, walf de Mérida, huyó roto y deshecho por el acero de D. Alfonso, sin lograr siquiera ponerse en contacto con los sitiados.

La caída de Toledo era segura; la perdición de Yahia irremediable, cierta.

El ejército cristiano, dividido en diferentes cuerpos y apretando cada día mas y mas el cerco, asemejábase á una inmensa sierpe de acero que enroscada al cuerpo de un gigante oprimía sus anillos dispuesta á ahogar y rendir á su presa.

Los repetidos asaltos, el hambre que sentían los sitiados, las molestias de tan largo asedio y la ninguna esperanza de recibir socorro, armaron el brazo de los muzárabes y los hebreos, que dieron una noche el grito de insurrección, acudiendo en tumulto al palacio del emir solicitando que capitulara con el enemigo.

Los esfuerzos de Yahia por calmar el tumulto fueron inútiles; su guardia fue derrotada, su alcázar invadido por las desenfrenadas turbas, que le obligaron, bien á su despecho, á entregar la ciudad á los cristianos.

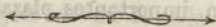
La capitulación fue hecha de una manera bastante honrosa para los vencidos, pues en ella se les dejaban sus templos, se les respetaban sus bienes y sus jueces, pudiendo salir de la ciudad con sus riquezas el que lo creyera oportuno; en fin, se les concedían los mismos derechos que concedió á los cristianos el vencedor de Guadalete cuando tres siglos y medio antes penetró en Toledo.

Firmado este pacto, D. Alfonso hizo su entrada en la ciudad por la puerta de Visagra el 25 de mayo de 1085, día de San Urbano, y el desgraciado Yahia Alkadir, llevándose su tesoro y su harem, salió con dirección á Valencia, seguido de sus principales oficiales.

Así volvió Toledo á poder de los cristianos, y el estandarte de la Cruz se clavó para no arrancarse mas sobre aquellos muros, donde las perfumadas brisas del Tajo acariciaron por espacio de 374 años el pendón de los hijos del Profeta.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.



## LA VIDA.

Quando alza el alba su frente,  
del ambiente al ledo arrullo,  
se abre virginal capullo  
embalsamando al ambiente.  
Quando enrojece á Occidente  
crepúsculo vespertino,  
de ese destello divino,  
de esa flor, de mayo gala,  
la vida fugaz señala  
seco despojo mezquino.

Junto á la fuente do brota  
marcha el arroyo despacio:  
mas crecido, al poco espacio,  
corre, gime y se alborota;  
sigue raudó su derrota  
rugiente, espumoso, ufano;  
y al soñarse soberano,



cuando mas corre y mas zumba,  
halla su soberbia tumba  
en el inmenso Océano.

La aurora al sol enamora,  
y aparece en el Oriente  
el sol, bello, sonriente,  
gentil, siguiendo á la aurora.  
Ella huye: él, triste, llora  
mil rayos de luz, y avanza  
tras ilusoria esperanza;  
pero, rendido, á la tarde,  
lánguido, opaco, cobarde,  
á otras regiones se lanza.

Y el sol, con su fuego y brio,  
y sus eternos amores,  
con sus encantos las flores  
y con su soberbia el rio,  
repiten en torno mio  
con voz muda y dolorida:  
«Cuanto en nosotros anida,  
lo que es la vida te advierte;  
pues somos, por rara suerte,  
el retrato de la vida.

PEDRO MARÍA BARRERA.

### LA MADRE (1).

Vamos á entrar en un templo.

En el templo de nuestros primeros deberes en la tierra, en el santuario de nuestras primeras afecciones en el mundo.

Para entrar debemos descubrirnos, inclinar la frente y doblar la rodilla.

Al referirse á los hijos, esposas y hermanos, puede haber quien escuche con indiferencia, porque

puede no haber tenido hermanos, esposa ó hijos.

Pero ¿quién no ha tenido madre?

Las rosas de la corona de la mujer están marchitas.

Su perfume, desvanecido entre las auras de lo pasado, es el último adiós á los placeres de la juventud.

Otro nuevo placer los sustituye.

Placer que participa de pena.

Un penoso placer.

La maternidad es bálsamo que aumenta la virtud de la mujer virtuosa, y suele redimir las faltas de la culpable.

La mujer adquiere nueva vida desde el instante en que se agita un ser en sus entrañas.

Si era buena, se dilata su bondad.

Si era mala, tiene mucho andado para volverse buena.

Al concederle Dios ese privilegio le da un placer inmenso, desconocido, sin igual, pero que lleva en su fondo el germen de grandes dolores.

Y estos grandes dolores son la prueba que sublima á la mujer virtuosa y la redención que salva á la culpable.

Y estos grandes dolores son la pena de ese placer inmenso.

Todas las sensaciones, intereses y cariños se relejan á un extremo del corazón para dar paso á ese otro sentimiento que lo llena todo y todo lo domina, levantándose majestuoso y radiante con el nombre de amor maternal.

El primer paso en la nueva senda está exento de pesares.

Es la época de las gracias inocentes y de las travесuras deliciosas.

El niño es el lazo que une los corazones de los cónyuges.

La alegría de la casa.

El sol del matrimonio.

La infancia de los hijos es la luna de miel de las madres.

Después empiezan á asomar al rostro los disgustos.

Los buenos y malos ratos alternan.

Mas adelante crece el número de los últimos.

(1) El presente artículo forma parte de la obra que con el título *La Mujer en el siglo XIX*, acaba de dar á luz el autor, Adolfo Llanos y Alcaráz.



Por fin solo aparecen breves alegrías entre una cadena de sinsabores.

Pero el cariño de la madre no disminuye.

Está en razon directa con las amarguras que le ocasiona.

Bueno ó malo, rico ó pobre, feliz ó desdichado, su hijo es siempre su hijo, carne de su carne, sangre de su sangre, vida de su vida.

No hay faltas cometidas por él que carezcan de disculpa á sus ojos.

Los ojos con que una madre mira á su hijo, solo ven las virtudes para engrandecerlas.

Antes se condenaría ella misma que condenarle.

Antes se dejaría matar que permitir en su presencia el daño de su hijo.

¿Habeis oido ponderar el furor de la leona á quien arribatan sus cachorros?

Una madre no tiene la fuerza ni el valor salvaje del leon; pero arrebatadle su hijo, y vereis á la leona.

Su pasión es ciega, delirante, loca.

Aunque su hijo sea el mas despreciable de los hombres, ella lo ha dado á luz, lo ha criado, y debe defenderlo á pesar de sus infamias.

Cuando un hombre es rechazado por todo el mundo, aun tiene abiertos los brazos de su madre.

Por esto, si hay algo de divino en la tierra, está en el corazon de la mujer cuando llora, siente y pide por el fruto de sus entrañas.

El amor de la madre es escepcional entre todos los amores, por lo único, grande é infinito.

No pide sino un poco de correspondencia, y en cambio da el alma, la vida y la honra.

Es un amor, urna consoladora de los dolores, espejo refractario de las alegrías.

Es un amor cuyos rayos se proyectan sobre la tierra, pero cuyo foco está en el cielo.

Es un amor, en fin, que no puede comprenderse hasta que no se llega á ser padre.

La Providencia tiene reservadas á la madre pruebas durísimas, amarguras terribles.

La mas desesperadora es la de aquella que prematuramente ve morir á su hijo.

Este es el dolor agudo, enérgico, desolador, incommensurable.

Es la apoteosis de las desdichas.

Dolor que si no tuviera una causa tan grande, parecería abortado por Satanás.

La madre no podría sobrevivir á su hijo; el exceso de su desesperacion la mataría, si no fuera porque Dios no quiere que nadie sucumba de dolor, porque Dios quiere que el sufrimiento sea la redencion de las almas.

Así es que llegando la tortura al grado en que parece que va á estallar la vida, no pudiendo llegar mas allá, el sentimiento descende, languidece, se dobliega, y la madre se torna insensible, fria, inmóvil; enjutas las mejillas, áridos los ojos, crispados los miembros, entumecido el espíritu.

Esta es la calma ficticia, tan terrible como la tempestad.

Este es el sueño del dolor.

¿Á qué enlutar sus ropas?

Ella tiene el luto en su semblante, en las arrugas de su frente, en las canas de su cabeza, en el vacío de su corazon.

¿Habeis visto una planta altiva, frondosa, elevando su ramas al firmamento y alimentada por un claro arroyo?

Esa es la madre satisfecha, dichosa con su hijo, que se alimenta de él despues de haberlo alimentado.

Quitad el arroyo, trasplantad la planta á un desierto, y vereis desaparecer su lozanía, marchitarse, quedar deshojada, seca... y vivir únicamente por un prodigio de vegetacion, como cosa que se deshace, como luz que agoniza, como hálito que se apaga, como esperanza que muere.

La corona de las madres es la corona del martirio.

No puede negarse que existen madres desnaturalizadas, cuyo mayor delito es manchar el nombre que llevan; pero esas mujeres tarde ó temprano sienten el dedo de Dios sobre el corazon, y el llanto redime sus culpas.

La Religion, que es infinitamente misericordiosa, deja siempre una puerta abierta á las conciencias dañadas.

La puerta del arrepentimiento.

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.



## ELISA.

## BALADA.

Arturo el amor mas puro  
á Elisa un día juró,  
pero la olvidó, perjuro...  
y ella al verse sin Arturo,  
que era su vida, murió.

¡Cuántas veces reflejando  
la fuente sus ojos bellos,  
saltó alegre resonando,  
y el dulce céfiro blando  
se perfumó en sus cabellos!

La fuente su tumba hoy pisa,  
y su murmullo doliente  
unido va al de la brisa,  
que murmura tristemente,  
¡pobre Elisa!... ¡pobre Elisa!

JAIME MARTÍ MIGUEL.

Ledaña 30 de abril de 1864.

## LEYENDAS ÁRABES.

## ¡POBRE AGAR!

(Continuacion) (1).

## III.

Pocas lunas se habian pasado, y los pobres niños enterraban con sus propias manos al anciano de lengua y blanca barba, viejo por el dolor y encanecido sin años.

Ismael, que era un jóven lozano y vigoroso, como

lo habia sido el que acababa de cubrir de tierra, acosado por el dolor empezó á dar gritos de estermio y venganza.

Pero Agar, la delicada doncella, sensible como su madre, tenia en su alma la revelacion de un Ser divino, y oía horrorizada las palabras de su hermano, que eran terribles, como el arranque del cocodrilo cuando emprende su carrera para devorar un ser.

Desde aquel día empezó á adiestrarse en el arpon y la saeta, y eran sus tiros tan certeros, que eligiendo en una rama la mas pequeña hoja, no se podia dudar que daba en ella.

Era intrépido, robusto, y hermoso en sus formas y en la perfeccion de su rostro.

Casi le sentaba bien la ferocidad de sus grandes ojos, vivos y elocuentes como el espejo de la sabiduría y de la fiera unidos á la vez.

Al verle con la flecha fija en el arco y la mirada describiendo la direccion que debia llevar, parecia el dios de la venganza, y su belleza crecia, y sus hercúleos miembros tomaban posturas tan singulares, tan académicas, como si hubiese estudiado con los gladiadores romanos en los grandes circos donde luchaban.

Después quiso correr sobre un caballo indómito, sobre uno de esos animales de raza árabe, fogosos como el clima donde se crían, errantes y libres, lejos de las sierras y dehesas de los pastores y de toda habitacion humana.

Un hombre como Ismael no podia avenirse al tranquilo camello ni al pesado dromedario.

Necesitaba una fiera que dominar.

Un servidor que le hiciese la mas tenaz resistencia.

Algo que se opusiese á su libre voluntad y albedrío.

El dromedario se sometia á él como un perro. Aquel era su esclavo, y él necesitaba un señor.

En su vida solitaria y errante ansiaba tener algo que aborrecer ó que amar.

El aborrecimiento le tenia, porque odiaba los hombres.

El amor á su hermana era demasiado tranquilo y puro para que satisficiera su ambicion.

No habia pensado aun en amar á una mujer. Su

(1) Véase nuestro número anterior.



corazon estaba rebelde y libre como las ráfagas que cruzaban aquellos desiertos.

Si Ismael hubiese amado, su amor hubiera sido terrible, celoso, vehemente, y acaso tan fugaz como terrible.

Sus caprichos hubieran sido órdenes. Sus deseos una ley imperiosa.

Hubiera aborrecido á la mujer humilde que se esclavizaba, y se habria desesperado y llenado de furor con la que le dominase.

Era una de esas almas ardientes con las cuales es necesario entablar una lucha de inteligencia: amar á razon fria y seguir ó deshacer sus proyectos con una sagacidad que no se aperciba.

Lo que hace que estos hombres tempestuosos no se fijen es que se les ama como á ningunos, y se vive pendientes de sus labios, y no se atreve la mujer á pronunciar una palabra siquiera que pueda despertar su furor ó entibiar su afecto.

Por fortuna Ismael vivía lejos de esas bellezas que hacen latir el corazon lo mismo del salvaje que del hombre civilizado.

Ismael era feliz con su idea de venganza, con sus arpones y sus flechas, que pensaba envenenar el dia que se viese frente á los soldados que tuvieron la culpa de que su pobre madre muriese sola y abandonada, y que maltrataron á su padre, amargando sus dias y sus noches, y haciéndole envejecer á los treinta años.

La mente en donde se fija una de estas ideas terribles, llega á sufrir una fiebre moral continua, donde no tiene entrada otra pasion ni germina otro deseo.

Habia por entonces en toda la Arabia una aficion desmedida á la caballería andante, de donde nos vino despues á nosotros y á otros paises civilizados, y que fue en su tiempo la gloria de las naciones y la epopeya de las grandes acciones generosas.

Las tribus amaban como ídolos á los valientes campeones que se distinguian en los simulacros de batallas que se hacian para ver la pujanza y el brio de los mancebos.

Los trovadores de la Arabia recorrian lo mismo los desiertos que las poblaciones, deteniéndose á las puertas de los jefes de estas tribus para cantar lindísimos romances y sentidas baladas en que el nom-

bre del árabe mas valiente era el que sobresalía y el que hacía palpar el corazon de todas las hermanas.

Era una época de verdadero entusiasmo para todas las almas ardientes y apasionadas.

Ismael sabia todo esto, pues cuando se alejaba de su retiro hablaba alguna vez con un sabio que vivía tambien en el aislamiento, pero que muchas veces iba á conversar con los ancianos Lakemitas y Garamitas, que eran por entonces las razas mas consideradas y queridas.

Ismael volvía cabizbajo y sombrío, y decía á su hermana con dolor:

—Si los restos de nuestros padres no clamasen venganza, hermosa Agar; si no creyese que mi nombre era maldito hasta que regase sus tumbas con el sangre de sus enemigos; si no aborreciese mi nombre hasta verle limpio de la mancha de cobardía y exaltacion en que está envuelto si no vengo á mi padre yo iria á tomar parte en esos palenques de campeones que el sabio dice son dignos de los descendientes de Ismael.

—¡Jamás! ¡jamás! respondía la llorosa jóven. ¡Jamas más vivamos entre los hombres, ni te vea yo brotando sangre de las heridas de las lanzas contrarias!

Yo siento aquí en el pecho un pronóstico terrible. Yo sé que tú serás el enemigo de ellos, y que esos hombres te devorarán sin compasion alguna.

¡Vivamos aquí! ¡aquí siempre, en esta soledad de vida de todos! Donde no penetren las lanzas de tus arpones, ni sus rostros ceñudos y terribles.

—Nuestros pobres padres vivieron entre las rocas; buscaron allí su asilo como las aves, y, sin embargo, vinieron á morir como tigres cogidos en la gruta.

El hombre es malo, Agar, y no puede dejar tranquilo á otro hombre.

Es ley de su naturaleza devorarse mutuamente.

Dice el sabio que cuando no encuentran enemigos de razas contrarias, se revuelven hermanos contra hermanos, padres contra hijos, que se descomen y se odian, y disputan un palmo de tierra, derramando su propia sangre.

Que hay una raza de hombres que llevan un ricamanto, una dorada corona en las sienes y una vara



de oro en la mano, y se llaman Reyes. Estos Reyes tienen muchos servidores que les sirven de rodillas y están dispuestos á sus mandatos.

Cuando creen tener en otro Rey un enemigo, reúnen todos los corderos de su grey, y les dicen: «Preparaos á matar.» Y estos se reúnen, y cogiendo lucientes armas y despidiendo rabia por los ojos, se lanzan sobre el país donde está el enemigo de su Rey, y hieren, y aniquilan, y saquean, y atropellan y matan sin piedad. Despues incendian y talan los campos, y se llevan las doncellas, y descuartizan los prisioneros, y derriban sus casas y fortalezas, y dejan un campo de cadáveres donde antes habia niños risueños, esposos felices y madres tranquilas.

La verdura de los campos se agosta, los edificios se hacen escombros, y al cabo de algun tiempo una gran borrasca, ó una temible tempestad, hace desaparecer las ruinas, y ya nada queda de lo que fue.

Pero el Rey es vengado, y los que mas enemigos degüellan se nombran héroes, y se visten con trajes recamados de oro y plata, y tremolan banderas vistosas, y son llevados en triunfo por las grandes plazas de las ciudades, y les llaman vencedores.

¡Oh! ¡Con qué gozo seria yo uno de estos héroes de manos teñidas de sangre, de corazón duro, de dientes y manos feroces, que se cebasen sin piedad, si se armase cruda lid, con los que martirizaron á mi padre!...

—¡Calla, calla, Ismael! ¡eso es horrible! Yo quiero morir antes que te llamen héroe.

—Agar, he encontrado un magnífico caballo, que me debe acompañar el día de la venganza.

Ya corro con él por las llanuras, y ya me interno en las sierras, y ya salto los vallados, subido sobre su brillante piel, sin silla ni manta, ni nada de esos arreos que les ponen los soldados.

El águila es mi caballo. Desbocado corre y vuela, y parece que va á estrellarse contra las rocas, cuando una sola voz mía le detiene de repente.

Sobre él dispongo los arcos, sobre él tiro las saetas, que van á clavarse donde las dirijo á la carrera.

No necesito pararle para asegurar el blanco. Puedo ir contra el enemigo, sin detenerle en su marcha.

¡Oh mi caballo valiente! ¡Corramos! Derramemos la sangre de los cobardes que no luchan cuerpo á

cuerpo, que asesinan sin pelea, que roban sin perecer.

—¡Tú vas á partir, Ismael! ¡Tú quieres venganza! Agar morirá de dolor.

Agar no cree en los dioses airados, ni en la voz que pide sangre, ni en los terribles sacrificios.

Agar adora ese sol siempre igual y brillante, siempre alegre y feliz.

Cuando se oculta, tu hermana muere de dolor.

Muchas veces, en que las nubes envidian mi adoración, se ponen delante de él por privarme de su vista; entonces lloro mucho, y ellas tambien se compadecen y empiezan á llorar, y lloran tanto, que mojan mis cabellos, y mi seno, y mis pies, y hacen extensas lagunas con sus lágrimas.

Yo sufro; pero me consuelo, porque hay quien sufra conmigo, y recojo esas lágrimas entre mis dos manos, y las beso con ternura.

Entonces vuelve á asomar el astro dorado, y todos somos felices: las nubes rien y se ponen vestidos color de rosa, y yo tejo coronas y las ciño á mi cabeza. El sol entonces me quiere mas, y me envia un calor tan grato, que me adormece y me lleva á unos países distantes, donde veo grandes cosas.

Unos hermosos mancebos, unas mujeres bellísimas, vestidos del color del mar, del color de las nubes y del de los árboles, con adornos de plumas de colores y cintas con flecos brillantes, forman vistosas danzas y sonrien con placer.

Yo estoy en medio de ellos y los contemplo con amor, y ellos sonrien y me acarician, y me hablan de amores, de ventura y de felicidad interminable.

Este sueño me dura muchas horas, y cuando abro los ojos, á veces es de noche: entonces me pongo triste, pero suelo ver culebrear allá arriba, donde estuvo el sol por el día, unas ráfagas de oro que me dicen que, aunque oculto mi amante, se ocupa de mí, que no estoy sola, y que volverá á aparecer cuando vuelva el día.

Yo sé que no debo vivir aquí abajo, Ismael.

Di á ese sabio amigo tuyo que te explique lo que yo siento en mi corazón, lo que me llama hacia allí.

Lo que me hace odiar la venganza y la sangre.

Lo que me da tanta dulzura y amor.

Lo que oprime mi pecho, como si no cupiesen en él las venas que me dan vida.



—¡Pobre Agar! Tú serás desventurada como tu madre.

Tu frente, de continuo nublada y sombría, me dice que la desgracia se cierne sobre tu cabeza.

Pero aquí está Ismael, tu hermano, y él te defenderá de la desgracia.

El irá al templo de Abraham, si tú quieres, y arrodillado ante sus aras, pedirá á los tigres y perros por ti: allí están siempre fijos escuchando la voz que les llama (1).

También me casaré con mujer hermosa, y ofreceré el primer hijo para saciar su furor (2).

¿Qué mas quieres, Agar? Pide á tu hermano, pero sé breve; porque debo partir á la venganza.

Tú te quedarás con el sabio; es amigo mio, y te respetará.

Los árabes no mienten cuando juran amistad.

Es de la tribu que lleva por divisa la verdad y el honor.

—¡Ismael, no partas! ¡Agar va á morir! Agar siente un dolor continuo en el pecho, que la mata.

Pronto serás libre, porque ella no existirá.

La infeliz agarena, al hablar así, no sabia que se despertaba en su alma la idea de la eternidad. Era la revelacion que mas tarde tuvieron sus hermanos de un Hacedor Supremo y grande.

Ella le conocia y le amaba entonces en el sol, como le hubiera amado en una pequeña estrella que brillase en el horizonte.

Porque todos saben que hay algo allá arriba, y esperan en ese algo hasta los mismos que desconocen la inmortalidad.

Muchos árabes, en los desiertos arenales, han amado una estrella y han seguido su curso, y la han buscado con afán en las horas del día, y se han considerado felices al verla aparecer por la noche.

Otros han contemplado el horizonte en el mar, y se han bajado mil veces para coger un pedazo de aquella cortina azul, estensa y diáfana, como las aguas donde se escondían.

(1) Con efecto, los árabes creían que adorando infinidad de animales que tenían pintados en el renombrado templo de la Cava, todo les era concedido.

(2) También había padres que dejaban degollar sus hijos en estas aras.

Otros han considerado la miseria de su ser y la pequeñez y pobreza de la tierra por la riqueza de galas del cielo.

Aquellas llanuras, donde solo habia polvo y calor sofocante, revelaban á estas razas libres que aun habia otro sitio mas estenso y de mas libertad, de un color hermoso y puro, y salpicado de pedazos de oro y plata.

¡Cuántos de ellos desearon un vestido de aquel hermoso y tachonado manto para ellos, ó para la mujer que amaban!

¡Cuántos se subieron á los mas altos peñascos, los árboles mas gigantes, para ver si desde allí les graban tocar aquel divino techo donde aparece la luz como las tinieblas rodeadas de un encanto indescriptible.

Bien sabían ellos que todo lo bueno bajaba de allá arriba.

Que sin aquel fanal no habria las brillantes estrellas que no conocían por sus propios nombres, pero que adoraban con el mas tierno amor.

(Se concluirá.)

A. L... A.

SONETO.

¡Viste de mayo en la estación florida  
en mágico pensil rosa galana,  
sobre su tallo columpiarse ufana,  
su encendido botón mostrando erguida?

¡No viste precursor de la venida  
de la aurora feliz en la mañana,  
un fúlgido lucero que les gana,  
á los demás en luz, pureza y vida?

¡Viste la fuente murmurar sonora,  
el céfiro gemir entre las flores  
y el arroyo correr con eco blando?



Pues aun mas bella es la que mi alma adora,  
y es su encanto mayor... mas sus rigores  
me hacen pasar la vida suspirando.

CÁRLOS CANO.

## LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEÓN.

(Continuacion.) (1).

A las pocas horas entraba un escribano, un sacerdote y dos testigos en la alcoba de aquella virtuosa mujer y se extendía un testamento, en el cual, despues de los sufragios por su alma, algunas limosnas á los pobres y gastos de entierro y demas cosas precisas para irse de este pícaro mundo con la decencia que reclama, quedaba Julia por heredera.

Esta habia sido llamada á presenciar las últimas disposiciones de su tía, medida muy sabia que debia hacerse con todos los herederos para que no les diesen gato por liebre, y retirada en un rincon, cubierta la cara con las manos, como si quisiese huir un rayo que fuese á dejarla ciega, escuchaba sin oír lo que pasaba en el aposento.

No queria convencerse de que aquello era una verdad, y huía hasta la luz por no ver el cuadro que presentaba aquel lecho, rodeado de la justicia divina y humana, donde una moribunda, incorporada por fuerza sobre grandes almohadones, ajustaba sus cuentas con el mundo para ir á ofrecerle á Dios resignada y humilde sus virtudes ó sus pecados.

Á pesar de la palidez de la muerte, se retrataba en aquel resignado semblante la tranquilidad de la conciencia y la aureola de la virtud.

Malo ha de ser por cierto el ratito que pasen los que mueren con el alma cargada de crímenes, por mas que la Religion y su arrepentimiento quiten

algun peso de las arrobas de culpas que fueron haciendo en vida.

El mas ateo, el mas descreído, teme en la última hora el vapuleo de allá, donde no pueden engañar con la mentira, ni tapar los pecados con montones de oro, ni hacer callar la voz de la justicia con los fueros que da la elevacion y el poder, ni comprar por un puñado de monedas testigos que nieguen la verdad de los pecados, ni nada de esos bonitos enjuagues que hacen los hombres por acá, olvidando con flaca memoria que no está lejos el dia en que el telon se descorra, y la *cómadre de D. Crispin*, con sus descarnadas garras, les llame á juicio y á orden por los cabellos ó los pies; pues ella de todas partes se agarra cuando se trata de la captura de un malhechor.

¡Qué felicidad es morir en paz con los hombres y en inocencia con Dios!

Aquella casta mujer espiraba como el niño que recibe la Virgen María en sus brazos para presentarlo á Dios entre los coros de ángeles.

La pobre señora hasta se arrepintió de haber prohibido á su sobrina que pidiese la comida en francés, é hizo que le trajesen un retrato de Napoleón frente á su lecho para pedirle perdon de la ojeriza que le habia tenido desde que la infeliz perdió á su padre en el sitio de Zaragoza.

Su pecado mayor era ese, y el de no querer á los elegantes *caballeros* que podían enamorar á su hermosa Julia.

No tenia otra cosa de qué acusarse, y estas las sintió como si fuesen pecados mortales, y hubiera deseado en aquella hora llamar á Arturo para decirle que no tomase en cuenta las malas caras que le habia puesto cuando creyó que amaba á su tesoro; pero no quiso hacerlo porque temia que este paso trajese consecuencias peores que su ofensa misma; pues su sobrina quedaba sola, y debia alejar de aquella casa un hombre que podia ser funesto.

Desgarrado estaba su corazón de pensar el abandono en que dejaba á aquella preciosa huérfana: así es que, llamándola junto á sí, y confundidas ambas cabezas y ambos alientos, la empezó á dar los mas sabios consejos con voz entrecortada y balbuciente, sin que se separase Julia de allí hasta que el sacer-

(1) Véase nuestro número anterior.



dote creyó necesario ejercer su santo ministerio.

Corramos un crespon negro sobre aquella alcoba mortuoria, y dejemos tambien que los años destruyan las huellas del dolor en el rostro de Julia.

## VII.

### Una mujer á la moda.

Al oscurecer de un dia, no sabemos lo que otro traerá consigo.

Cuando va á espirar un año, se estremece el corazón con el caos inmenso que se abre á nuestra vista en el venidero.

¡De cuántos sucesos puede ser testigo!

¡Qué terribles dramas traerá ensayados, y quiénes serán por desgracia los principales actores!

El pasado se lleva nuestras memorias y dolores para dejar lugar al que le sucede.

Dan las doce de una noche que concluye, y sentimos resonar aquellas campanadas en nuestro corazón como la voz de alerta de un centinela, que cree distinguir en las tinieblas las banderas y penachos de los enemigos.

No solo ha concluido un dia, sino que ha espirado un año.

Las mas amargas ideas se suceden en nuestro cerebro.

La vejez avanza, y con ella los desengaños y los martirios.

Y si no es la vejez, el temor de que lo sea.

Parece que en esa noche luchan las realidades con las ilusiones, como disputando el terreno sombrío de la existencia.

Cada timbre metálico de la campana arranca á nuestra boca una sonrisa de duda y un deseo tenaz de saber el porvenir que nos aguarda.

—¿Qué sucederá? esclaman todos interiormente.

Y el año, mudo y silencioso, empieza á avanzar con lentitud, sin satisfacer nuestra angustiosa pregunta.

¡El caos! ¡La nada! ¡Siempre oscuridad! ¡Siempre tinieblas!

¡Insensatos! ¿Seria acaso mejor adivinar, ver y oír

(Se continuará.)

## ESPLICACION DEL FIGURIN.

### TRAJES DE CAMPO.

*Primera figura.* Vestido de fular color claro. La falda va adornada en el bajo con una greca y flores, recogíendose en pliegues por medio de dos cintitas que van cosidas interiormente en cada paño y dejando ver una enagua azul con un encañonado en el borde. Cinturon azul, camiseta de batista y plieguecitos, y paletot pequeño, abierto por delante, con cuello y solapas vueltas sobre el pecho. Botas de *chagrin* y baston de caña. Sombrero blanco con garzota y plumas azules.

*Segunda figura.* Vestido de pelo de cabra rayado. Cuerpo alto, liso, y manga de codo. El bajo de la falda va adornado con dos bandas de cinta labrada, que llevan al borde un escarolado de tafeta negro. Capucha encarnada para salida de baño ó paseos matinales por las orillas del mar; se hace de una tela de tejido ligero de lana y seda, ó de glassé. Figura una pelerina lo que cubre el pecho y los hombros; de la capucha vuelve una especie de pañuelo pequeñito, que queda encima de la cabeza. En la espalda va colocado un gran lazo de la misma tela, del cual penden dos largas caidas, ribeteadas con una puntilla negra, que se prolongan á lo largo de la falda. La capucha va adornada con la misma puntilla y un fleco de felpilla.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrion, calle del Pez, núm. 6, principal.





# LA VIOLETA

*Reduccion y Administracion*

Concepcion Ge. Ayuntamiento de Madrid



